

CAPÍTULO SEGUNDO

JULIÁN MARÍAS. EUROPA, UNA EMPRESA DE CONVIVENCIA CREADORA

JULIÁN MARÍAS. EUROPA, UNA EMPRESA DE CONVIVENCIA CREADORA

Por FRANCISCO JAVIER FRANCO SUANZES

El filósofo Julián Marías nació el 17 de junio de 1914 en Valladolid. Hijo de Julián Marías de Sistac y de María Aguilera Pineda. Cuando tenía cinco años su familia se traslada a Madrid y estudia en el Instituto Cardinal Cisneros. En 1931 entra en la Universidad madrileña donde se matricula en la Facultad de Ciencias y en la de Filosofía y Letras. A partir de 1932 continúa sus estudios en esta segunda disciplina y obtiene su licenciatura en 1936.

Durante la Guerra Civil española participa en el bando republicano y escribe en el ABC de Madrid y en “Hora de España”. Al finalizar la contienda, en 1939, es detenido y permanece en la cárcel entre los meses de mayo y agosto. En 1941 se casa con Dolores Franco que había sido compañera de universidad. Padre de cinco hijos —Julián, Miguel, Fernando, Javier, y Álvaro—, perderá al mayor de ellos en 1949, a los cuatro años de su nacimiento, el mismo año en que también se produce la muerte de su padre. Tras unos años difíciles por razones políticas, en 1951 obtiene el doctorado y viaja a Estados Unidos para impartir clases en el Wellesley College. En 1964 es elegido miembro de la Real Academia y en el año 1977 es nombrado senador por designación real, precisamente en ese mismo año muere en el mes de diciembre su mujer, Dolores Franco. En el año 1996 será galardonado con el Premio Príncipe de Asturias en Comunicación y Humanidades.

Discípulo y amigo de Xabier Zubiri, a quien define como su primer maestro, fue director de su tesis doctoral “La filosofía del padre Gratry”. Julián Marías fue, además discípulo de Ortega y Gasset y de Manuel Gar-

cía Morente. En el año 1941 escribió el libro “Historia de la filosofía” y desde entonces su inmensa obra: libros, colaboraciones en prensa, revistas, conferencias, etc., no ha hecho sino seguir creciendo.

INTRODUCCIÓN

La elección de Julián Marías para iluminar este trabajo, que analiza el proceso de la construcción de Europa según la visión de determinados pensadores actuales, se justifica en su profundo conocimiento de la realidad europea y en su aportación intelectual, filosófica, y moral a esa construcción, todo ello desde el enfoque y la óptica de un pensador español.

El autor que, con su obra “España inteligible”, nos ha legado un riguroso y profundo estudio sobre el proyecto común de las Españas —agrupación de pueblos heterogéneos—, su razón histórica, sus trayectorias y puntos de inflexión, renuncia por *falta de fuerzas*, y muy a nuestro pesar, a la elaboración de una “Europa inteligible” que sin duda nos habría ayudado a esclarecer ese proyecto ilusionante que debería ser la Unión Europea. No obstante, la vasta obra del filósofo español nos permite alumbrar, a través de una idea muy personal, lo que ha sido y lo que podemos aspirar que sea, esa empresa de *convivencia creadora*, que es Europa.

EL ESPACIO EUROPEO

Antes de comenzar a glosar las reflexiones que sobre nuestro viejo continente y su proyecto desarrolla Julián Marías, conviene delimitar el ámbito de ese espacio común europeo. Cuando el autor se pregunta ¿qué es España? —y por extrapolación nosotros nos preguntamos, ¿qué es Europa?— manifiesta sus dudas y evita constreñir la respuesta a un territorio concreto con sus habitantes, o asociado a una etnia específica, y mucho menos a un Estado. Para Julián Marías una sociedad es:

Un sistema de vigencias: usos, creencias, ideas, estimaciones, proyectos con los cuales el individuo se encuentra y con los cuales tiene que contar.

Pero además, como indica el filósofo español, esas vigencias no son inertes, sino que evolucionan, por lo que, con el tiempo, esa sociedad puede cambiar sustancialmente al ser modificadas las condiciones iniciales. Por tanto, resulta difícil encasillar el concepto de espacio europeo a un área geográfica determinada. En este sentido, antes de que el siglo XVI

iniciara su andadura, *Europa entera no estaba en presencia*: una gran porción del territorio europeo quedaba fuera de ese proyecto común, aunque llevara el germen para llegar a serlo, y así, la *Europa completa* no se pudo alcanzar hasta principio de siglo.

Sin embargo, aunque el autor en muchas de sus reflexiones se refiere específicamente a Europa, no limita el campo de su pensamiento al continente europeo, sino que lo eleva a un ámbito superior que denomina Occidente.

Ese concepto superior incluye a Europa y al mundo americano que recibe la influencia europea, según un doble proceso: mediante un *trasplante* en la parte norte del continente americano, por medio del cual sociedades europeas se asentaron en América del Norte y evolucionaron siguiendo precisamente las pautas de tales sociedades europeas; y a través de un *injerto*, por un proceso mediante el cual porciones del pueblo español y portugués se fundieron con los indígenas de la porción sur del territorio, creando unas sociedades que no serán ni europeas, ni nativas americanas, sino *americanas "hispanizadas"*.

De cualquier manera, lo realmente importante es el resultado final. *En todo caso, la obra más fecunda y original de Europa ha sido haber engendrado países con los cuales se ha fundido en una unidad superior envolvente. Es lo que llamamos Occidente.*

Esa unidad superior, está formada, según Marías, por dos lóbulos, el europeo y el americano, distintos pero inseparables, insuficientes, que se completan y que se necesitan el uno del otro. De esta manera, cuando se ignoran o dejan de considerarse, ambos pierden. Así, el pensador español advierte que si olvidamos el lóbulo americano, Europa será tan solo una *realidad parcial, mutilada*, y con un *porvenir limitado*.

Si bien, ante esta importante dependencia, cabría preguntarse: ¿Qué influencia tiene la existencia de ese segundo lóbulo en la profundización de la unidad europea? Podría pensarse que estorba o entorpece; nada más alejado de la realidad en el discurrir del filósofo español que, en marzo de 1999, escribía:

Y hay que añadir todavía algo más: yo hablaría de "necesidad e insuficiencia de Europa". Su unión es imperiosa, condición de prosperidad, excelencia y hasta perduración; pero no Europa "sola", sino unida indisolublemente a América, al otro lóbulo de Occidente. Este nombre, apenas se usa; se lo olvida, se lo evita. La culpa es de los

que lo politizaron, lo opusieron al totalitarismo de los últimos decenios. El europeísmo “a ultranza” ha sido durante muchos años un disfraz del antiamericanismo, sin advertir que tanto Europa como América no son más que porciones menesterosas en un conjunto que es la verdadera realidad, nuestro “mundo”, distinto de otros, que están presentes y con los cuales hay que contar.

Sin embargo, y a pesar de lo indicado, Julián Marías en su obra “Los Españoles”, escrita en 1962, observaba en Europa una propensión a un doble abandono: por un lado a distanciarse de ese lóbulo necesario de la otra orilla del Atlántico, y por otro la renuncia a integrar a Rusia. Pero ¿es acaso ese país, en su inmensa extensión, parte del proyecto europeo?.

Marías que es crítico con la primera dejación, analiza la cuestión rusa en un artículo titulado, “Cambio de bandera”, escrito en 1990, en pleno proceso de transformación de la Europa del Este. Son fechas en las que la Unión Soviética todavía no ha saltado en pedazos, dinamitando su unión en un efecto centrífugo disgregador. En esas condiciones Marías se pregunta si es lógico que un vasto e inmenso territorio, como era el abarcado por la antigua Unión Soviética, se integre en el proyecto unitario europeo, especialmente cuando ese espacio geográfico es mayoritariamente asiático. Pero, al mismo tiempo, se cuestiona si resulta lógico dejar fuera de ese proyecto a la Rusia europea que surge con Pedro el Grande. No esperemos una respuesta concreta, el filósofo español no la da; nos indica eso sí el camino para alcanzarla: la comprensión de las *realidades sociales* que es necesario buscar en el libro de la historia y es que, como indica el escritor español, *nada humano se entiende más que contando una historia.*

¿Podría trasladarse esa inconcreción al resto de los países europeos del antiguo Pacto de Varsovia? Ciertamente no. Para Marías, la renuncia a la porción oriental de la Europa accesible resultaría simplemente *imperdonable*. La separación del continente europeo en dos mitades es, para la convivencia europea, el hecho más grave acaecido en la segunda parte del siglo XX. El «telón de acero», no era una barrera producto de un accidente geográfico, ni tampoco una línea convencional imaginaria generalmente admitida, sino muy al contrario, se trataba de una *realidad voluntaria* impuesta por una ideología de forma unilateral. Su existencia, según nuestro académico, introdujo un trastorno comparable a lo acaecido en el Mediterráneo tras la dominación islámica en el siglo VII. En aquellos momentos, la mar, *camino por excelencia* y frontera donde los pueblos se encuentran, se convirtió en una marca infranqueable, aislando

en dos mitades las riberas meridional y septentrional del Mare Nostrum, *haciendo dos mundos de lo que era uno solo.*

Así pues, según Marías, no podemos olvidar a la Europa del Este en nuestro proyecto común. En 1989, cuando el «telón de acero» expiraba, lo manifestaba en los siguientes términos:

Por motivos muy graves y difícilmente modificables, la vida aislada del Este europeo es ya insostenible; se va a incorporar en cierto grado al resto. Europa tendrá que contar con esa mitad y “pensarla”, algo urgente y desacostumbrado. El desnivel económico, las diferencias sociales, el desconocimiento, todo eso va a plantear nuevos problemas a la Europa occidental, relativamente homogénea, bastante manejable, y conviene no perder de vista las dificultades que se avecinan.

Pero el mérito y vigencia de esta reflexión no procede tanto de su idoneidad en una época y momento en que la discusión sobre la ampliación de la Unión Europea a los países de la Europa del Este era aún impensable, sino que ya en 1959, en Chateau de Lourmarin, en plena guerra fría, y con los dos bloques perfectamente enfrentados, unas decenas de pensadores europeos entre los que se encontraba el filósofo español, desarrollaban el tema “La Europa del Este y la Europa del Oeste”; lo que en ella se afirmaba, según expresa el propio Julián Marías, era ya una irrenunciable convicción de un proyecto común con la porción oriental de nuestro continente:

Un tema apasionante, que puso al desnudo la conciencia generalmente compartida de dos hechos: uno, que la Europa del Este es irrenunciable, que no se puede aceptar que Europa termine en la pequeña Europa occidental, menos aún en la “Europa de los seis”; el otro, que la dolorosa escisión actual no puede impedir que nos ocupemos de la unificación de la Europa accesible.

Al tratar de delimitar el espacio europeo, no se puede olvidar que al finalizar el siglo XX se está produciendo el fenómeno conocido como “globalización”. Ese fenómeno posibilita la mutua influencia de territorios muy alejados del planeta, de manera que manifestaciones localizadas en una región a muchos miles de kilómetros de las fronteras propias, pueden repercutir de manera significativa en nuestras vidas. Además, el mundo actual se encuentra ampliamente occidentalizado y las formas de vida, ideales y principios de Occidente se encuentran instalados en todos los continentes. ¿Cómo incide esta circunstancia en el espacio europeo? ¿Sería lógico pensar que en el inicio del tercer milenio pudiéramos llegar a concepciones unitarias más amplias?.

La respuesta de Marías es clara y tajante: bajo la palabra globalización se *oculta la falacia de que el mundo actual es uno*. La influencia occidental, antes citada, tiene una vigencia sólo *parcial*, en muchos casos *sin raíces y sin justificación*: lo cierto es que una gran parte de nuestro planeta no es europea, ni occidental. Así pues, para el filósofo español, no existe un único mundo sino varios, con grandes diferencias, en ocasiones con principios hostiles, mundos no *enteramente comunicables*, e *imperfectamente comprensibles*. Ello no significa, como veremos más adelante, que no sea necesario considerarlos, sino muy al contrario, porque Europa y Occidente, por su propia condición y vocación altruista deberán tenerlos muy presentes, *enfrentándose al mundo en su conjunto*. Julián Marías, en 1997, expresaba lo indicado en los siguientes términos:

Llevo decenios diciendo que el mundo entero está "en presencia", y hay que contar con él; pero en modo alguno es "uno", sino que hay dentro de él diferencias enormes e irreductibles; si no se las ve, ni siquiera se puede entender aquellos elementos que, por pertenecer a la persona humana, son comunes a todos los hombres. Hay un mundo efectivo, que es Occidente; dentro de él hay porciones amplísimas, más semejantes y abarcables, más fácilmente inteligibles, Europa y América. Hay una realidad con vínculos accesibles y de extrema importancia, que es lo que merece llamarse el Mundo Hispánico.

Así pues, se podría sintetizar que, para el académico español, la palabra globalización resulta válida si con ello lo que pretendemos indicar es que el mundo entero está en presencia y es, por tanto, fundamental contar con cualquier parte del globo; pero resulta falsa si, con ello, lo que pretendemos expresar es que este mundo es *uno*, *ocultando el hecho de que hay varios, profundamente distintos y no demasiado inteligibles*.

LA UNIDAD

En 1935, Julián Marías, al analizar las lecciones que de la Historia de la civilización en Europa impartió, en 1828, Trazaseis Guizot, profesor de Historia Moderna en la Universidad de la Sorbona, extrajo la siguiente conclusión:

De las catorce lecciones en que Guizot nos muestra la viva imagen de la historia europea, se desprende una más, acaso la más interesante y grave: la que nos hace ver la profunda, innegable unidad de Europa.

El filósofo español lamenta que en un momento en que se habla y discute en reuniones, tertulias, medios de información, etc., de la gran empresa europea, que no es otra que su propia unión, apenas sí se recuerde a otro de sus principales pensadores y defensores: su maestro José Ortega y Gasset, pionero y clarividente valedor de esa unidad y de la creación de los Estados Unidos de Europa. Recientemente y comentando el pensamiento que Ortega desarrolla en su obra la “Rebelión de las masas”, Marías indicaba:

En 1930, Ortega señalaba la insuficiencia de las naciones europeas y reclamaba la Unión Europea, el establecimiento expreso de su ya vieja unidad. Actualmente, el horizonte real y no fingido es Occidente. Hay que pensarlo, entenderlo, tomar posesión de él en su conjunto y con todas sus posibilidades. Creo que puede ayudar verlo como lo que es: la culminación mundial de los innumerables procesos de incorporación que constituyen lo más fecundo de la historia.

En este último párrafo Julián Marías introduce el concepto de la *incorporación* que resulta necesario para comprender la concepción de *unidades superiores* que, en su obra, defiende nuestro autor.

En el estudio del proceso de formación de esas unidades superiores, tomando como punto de partida sociedades o colectividades diferentes, el académico español distingue entre *incorporaciones* y *anexiones*. La *incorporación* es el vínculo voluntario que se establece entre dos o más pueblos para conformar esa *unidad superior*. Fue el proceso seguido para formar la primera nación europea, es decir, España. Marías diferencia este tipo de unión de la que se pudiera establecer mediante un proceso de *anexión*, en la que la colectividad más fuerte absorbe a la débil sin que exista una voluntad de la sociedad inferior, de manera que esa colectividad queda subsumida y desaparece. Se determina así una diferencia fundamental entre ambos procesos, en donde, según cada caso, la supervivencia y singularidad pervivirá o se perderá.

Para el escritor español, en la unidad europea sólo hay un camino:
No puedo ver la unidad de Europa como un acuerdo súbito y teatral de hacer un superestado de tantos estados diferentes. La unidad europea, si ha de ser real, tendrá que ser un proceso de incorporación, y ésta es siempre gradual y progresiva, y procede por partes o estratos.

Este es el camino a seguir y no es otro que el que hace más de quinientos años inició España, que tras sucesivas *incorporaciones*, y dentro

de un ámbito reducido inicial, alcanzaría la unidad definitiva. Incorporación gradual y ámbito reducido inicial sintetizan, pues, un proceso necesario para llevar a buen puerto el proyecto unitario de Europa.

Pero además, Marías advierte que en modo alguno podría entenderse el logro de ese concepto unitario europeo, conseguido mediante un proceso de *incorporaciones*, como la simple *adición de las diversas naciones sin incluir su suelo común y su subsuelo histórico*. Si no se repara en lo indicado, lo que de ahí podría salir difícilmente conduciría a la unidad europea.

En cualquier caso, para el filósofo español, desde la desaparición del “telón de acero” y, en especial, con la reunificación alemana, Europa se aproxima, al fin, hacia su unión; ya en 1990 indicaba que el siglo XX no terminaría sin una *efectiva comunidad de naciones europeas*. El tiempo ha pasado desde entonces y lo cierto es que el proceso hacia esa unidad, con sus correspondientes altibajos, se sucede de forma inexorable. Otra cuestión es, según opinión de Marías, que se esté realizando de la manera *más fecunda y creadora*.

Sin embargo, conviene recordar que ese proyecto europeo no es en absoluto una idea totalmente innovadora. Al comentar la obra de Moratín, Julián Marías concluye que, ya a finales del siglo XVIII, el gran escritor español *vivía dentro de un gran supuesto: la unidad de Europa*.

Surge así una pregunta inmediata ¿cómo es posible el desarrollo de ideas tan avanzadas, cuando a finales de nuestro siglo la unidad europea sigue resultando para muchos una opción quimérica? Sencillamente, porque se trata de otra unidad que es previa al surgir de los nacionalismos europeos. Y es que Europa comenzó a ser ella, antes de que las naciones europeas se constituyeran como tales. En su constitución, esas naciones ya llevaban la esencia europea. Además, según la opinión del filósofo español, la *afirmación exclusivista* de cualquiera de las partes, podría representar un caso de *separatismo*. De esta manera, sus naciones no son sino manifestaciones de diferentes formas de *vivir y entender* Europa. Así pues, nos hallamos ante una unidad originaria que quedó marcada para siempre con la escisión de los nacionalismos, que es anterior y, en ocasiones, distinta a aquella Unión Europea que pretendemos crear, no siempre con acierto.

Para Marías, las distintas naciones de nuestro continente se encuentran *implantadas* en Europa, una sociedad *más tenue pero a la vez más abarcadora*, que denomina una sociedad de *implantación*. Esta situa-

ción conforma una doble realidad que es necesario respetar, sin que la una anule a la otra y que entre ambas se *intensifiquen, corrijan y potencien*. De esta manera el ciudadano europeo se instala en la sociedad a través de un proceso *insertivo*, primero en la nación, y ésta a su vez se implanta en Europa, uno de los lóbulos de Occidente.

En 1996, el académico español advertía precisamente que esa transformación dirigida a la unidad europea, en modo alguno debe hacerse siguiendo un proceso rígido y excluyente que no respete las peculiaridades y las riquezas de cada uno de sus componentes:

Estamos empeñados en la construcción de una Europa unida. Creo que no es posible hacerlo de manera fecunda si se desconoce todo lo que me he limitado a nombrar. Pero hay algo todavía más urgente: recordar que se es europeo de diversas maneras, que hay formas de Europa, que cada uno tiene que vivir el conjunto desde la perspectiva propia, porque es la única que permite una visión real, no ficticia, con riqueza, relieve, verdadero contenido. Y, por añadidura, la que no tolera la falsificación. Pienso que valdría la pena intentarlo, aunque fuese con fuerzas muy limitadas. Si cada europeo ávido de lucidez e incapaz de engañarse hiciera un modesto esfuerzo... Por mí que no quede.

Así pues, y aún considerando el cisma y la perturbación introducidos por los nacionalismos y totalitarismos de nuestro siglo, la empresa apasionante dirigida a la creación de una Europa unida se está realizando de manera tardía. Así lo advertía, ya hace más de tres décadas, el académico español, cuando indicaba que esa empresa se estaba *realizando a destiempo* y con desgana. Para José Ortega y Gasset, que es citado por Julián Marías, la oportunidad para que la citada empresa sea llevada a buen término, habría que buscarla en algún agente externo perturbador, como el expansionismo chino o una convulsión islámica que de alguna manera movilizase las adormecidas conciencias europeas. En 1962, Marías, a la pregunta de si había llegado ya ese momento, responde de manera rotunda: *sí, sin duda*.

¿Qué motivos pues se han interpuesto para la creación de esa unidad? ¿Qué razones justifican esa demora? ¿Qué ha sucedido desde que el autor de "La rebelión de las masas" afirmara en 1937 que *la unidad de Europa como sociedad no es un "ideal", sino un hecho de vieja cotidianidad?*

Para nuestro autor, no hay que buscar la respuesta en los antagonismos surgidos como consecuencia de la II Guerra Mundial pues, de alguna manera, ese conflicto evidenció la frustración de la Europa anterior, edificada sobre los erróneos principios del nacionalismo y *el siniestro invento del totalitarismo*. Se podría así extraer que la guerra permitió a los países europeos *despertar de la pesadilla de sus nacionalismos a la vigilia de su mutua pertenencia, de su realidad unitaria*.

Tampoco considera el filósofo español que la división del viejo continente provocada por el “telón de acero”, tras el fin del conflicto europeo, sea el origen de ese retraso, sino más bien al contrario, porque la existencia de esa contrariedad pudo haber actuado para estimular, como revulsivo, el proceso de *incorporación* europeo.

La respuesta que nos daba Marías en 1962, y que será analizada con más detalle en apartados siguientes, sigue teniendo plena vigencia en el pensamiento del filósofo español en los inicios del siglo XXI.

¿Cuál puede ser, entonces, la causa de la “desgana”? ¿Por qué se hace “a destiempo” el intento de unificación europea? Lo más grave de mi entender es que Europa sola no basta ya. Lo que pudo ser la sociedad suficiente en 1930 o –sin guerra– en 1940, no lo es ya; sin haber llegado a ella, la unidad de Europa está ya rebasada; por eso no produce suficiente ilusión, por eso se la plantea de un modo negativo y aburrido, más como una empresa industrial que como una empresa histórica, más administrativamente que retórica y poéticamente.

El problema hay que situarlo, según Marías, en la insuficiencia del proyecto actual. *La unión de Europa sigue siendo necesaria, pero ya no es suficiente*. En primer lugar, porque es absolutamente necesario contar con el otro lóbulo del Occidente; en segundo lugar, porque el estado del mundo actual invita a contar con grandes zonas del planeta que antes no contaban, situación con la que Europa no se encuentra cómoda. Sin embargo, resulta ineludible que esa unidad no se haga con principios exclusivistas; la afirmación excluyente del europeísmo es precisamente lo antieuropeo, *la esencial traición a la vocación europea. Europa ha de ser lo que es: una y no sola*.

Así pues, y ante la resistencia que determinadas naciones manifiestan frente a la empresa de la unidad europea, a las reticencias a perder su *realidad múltiple*, Julián Marías se muestra convencido de que todo ello podría superarse si a las distintas naciones se les ofreciera un *argumento*

que justifique esa empresa; es, según nuestro autor, el equivalente a la partitura imprescindible para la interpretación de cualquier composición musical y en la que cada componente aporta su propia riqueza y singularidad para que el resultado pueda ser una obra de arte.

EL PROYECTO EUROPEO

Se ha analizado, hasta ahora, la unidad europea y se ha justificado que no es posible buscar esa unidad tan sólo mediante la suma de sus distintos componentes. Es necesario mucho más, es esencial considerar las raíces comunes, las herencias que cada país aporta y que se entierran en un largo proceso histórico.

Toda sociedad para tener su propia identidad, requiere de una historia común: *lo que ha hecho y le ha pasado*, capaz de forjar un *vínculo humano* que aporte la coherencia necesaria que le permita constituirse de manera unitaria. Para el filósofo español, éste es el punto de partida, pero *no basta*, porque *la vida humana no se puede reducir al pasado, ni individual ni colectivamente; es siempre innovación, anticipación, deseo, en definitiva proyecto*, y siempre se recorre hacia delante, por ello, requiere de ese *argumento* sugestivo que permita movilizar todos los recursos en su consecución.

En la empresa unitaria europea, sigue teniendo plena vigencia lo indicado por Ortega y Gasset, citado por Julián Marías, cuando indicaba que una nación es *un proyecto sugestivo de vida en común*. Ese proyecto resulta pues esencial para dar sentido a esas sociedades *insertivas* que son, precisamente, en las que los españoles y europeos nos encontramos *instalados*.

El proyecto colectivo, según el escritor español, tiene que ser:

Un verdadero proyecto; y además, no lo olvidemos, atractivo, capaz de ilusionar, acaso de entusiasmar, de movilizar los deseos y las voluntades individuales. Si no lo es, la coherencia decae, se inicia un proceso de apatía que lleva a la disgregación.

La amplia base humana que debe contemplar, obliga a que la determinación de ese proyecto requiera grandes cantidades de imaginación, recurso que Julián Marías pronto insiste en puntualizar, que no hay que confundir con el despropósito o la fantasía, que llevan, por el contrario, a las más grandes calamidades. Es por ello que, para no caer en el *desvarío*, resulta esencial apoyarse en la realidad sin inventarla o lo que resulta

peor, tergiversarla. Así, esa imaginación apoyada en una fidelidad histórica y puesta al servicio de un *proyecto sugestivo* y entusiasta conducirá, sin duda, a esa empresa colectiva en la que los europeos hemos decidido embarcarnos:

Las grandes naciones han nacido de un proceso de imaginación creadora, proyectiva, ilusionante, hecha de amor a la realidad.

Pero el proyecto, que como se ha dicho, se fundamenta en una imaginación que tiene su punto de partida en la realidad y en la fidelidad histórica, lleva, en la misma idea de la palabra, una apuesta hacia el porvenir, o como dice Marías, la *noción de proyecto incluye la anticipación, la versión hacia el futuro*, y es que como también nos indica nuestro autor, la vida considerada tanto de manera individual como de forma colectiva, no puede quedar constreñida al pasado.

No obstante, conviene puntualizar la prevención que Julián Marías presenta hacia lo que significa el *proyecto* en el ámbito de la vida colectiva. Al reflexionar sobre la vida individual y la vida comunitaria, el filósofo español establece un doble riesgo: por un lado el *mayor*, que consiste en *proyectar sobre la vida colectiva los requisitos y caracteres de la vida individual*, en otras palabras, considerar a la sociedad como si de un individuo se tratara; y por otro lado, el más *grave*, que no es sino *interpretar esas realidades como si no tuviesen que ver con la vida humana, de manera impersonal*.

Así, cuando hablamos de *proyecto*, cabe preguntarse si responde a una voluntad deseada por la colectividad —o parte de ella—, o lo es de las personas consideradas individualmente. En esencia, lo que Julián Marías plantea es el *grado de autenticidad* con que esa opción se encuentra implantada entre los europeos, pues lo cierto es que en la contribución a esa pretensión colectiva existirá, sin duda, una amplia gama de respuestas y de participación. De ahí, la cautela que en todo ello manifiesta el académico español.

Esa participación, que hemos visto resulta variable según las distintas sociedades, se puede presentar en dos formas distintas:

Una, como vigencia, es decir, como sistema de usos, presiones, valoraciones, etc., cuyo fundamento invisible es una pretensión; la otra como idea, es decir, con existencia mental, como programa que se piensa y de que se habla, y que, por tanto, alcanza visibilidad para los hombres individuales.

Si intentamos averiguar en qué consiste ese *proyecto sugestivo* de vida de las distintas naciones europeas y lo hacemos atendiendo, en primer lugar, al carácter del proyecto como vigencia, antes descrito, comprobaremos tristemente que o éste se ha desvanecido o no existe. Julián Marías nos lo recordaba en su obra “Los españoles” —1962—, *cuando indicaba que no hemos sido capaces de inventar un nuevo programa de vida colectiva de acuerdo con las nuevas circunstancias*. En definitiva, no hemos podido elaborar el argumento o la partitura que nos permitiese interpretar la obra maestra del proyecto europeo.

Lamentablemente, treinta y cuatro años más tarde, la situación no parecía haber cambiado de manera significativa; así, Marías aludía que *una Europa sin “contenido”, sin historia, sin argumento, sin proyectos, sin aciertos y errores, no es inteligible, y es la que circula*. Más recientemente, tan sólo hace unos meses, y sin referirse de manera explícita ni a Europa, ni a Occidente, nos recordaba en su artículo “El proyecto de cada día” que:

A fuerza de hechos, datos y previsiones estadísticas, que suelen ser automáticas, se desvanece la existencia de un verdadero “proyecto histórico”, que consiste en un “argumento”. Es curioso que cuanto más se insiste en la “identidad” de ciertas comunidades humanas se descubre más la inexistencia de todo proyecto.

En todo lo anterior también puede haber influido la propia desmembración del imperio soviético, que si bien marcó una oportunidad maravillosa para hacer realidad la empresa unitaria europea, supuso la pérdida de un elemento esencial en su cohesión interna. El académico español, al referirse a la desaparición del peligro que representaba el régimen soviético, indicaba que *podría dejar a Europa sin “argumento”, llevarla a una especie de vida vegetativa sin proyecto*. Al final, con la eliminación de la *pesadilla* que amenazaba Europa, los *resortes* capaces de movilizar a la sociedad europea han quedado reducidos a los aspectos económicos, *disminuyendo la tensión creadora* de esa sociedad.

¿Cuál entonces podría ser ese proyecto atractivo que nos permitiría movilizar todas nuestras energías? Sin duda, la respuesta está en las propias raíces europeas, en esa realidad que no es otra que la misma historia de Europa. El filósofo español no sólo nos marca el camino a lo largo de su obra, sino que se aventura a concretarlo, y en su libro “Los españoles”, nos define cual puede ser ese proyecto europeo:

El proyecto de Europa, si bien en un sentido es el de sí misma, el de su unificación abierta hacia Occidente y el trascenderse activamente hacia lo otro, al mismo tiempo, e irrenunciablemente, es el sistema de sus proyectos internos, de los proyectos singulares de las diversas naciones europeas. Singulares, pero coordinados, como los instrumentos de una orquesta. Se dirá que entonces necesita un director; es posible, pero, entiéndase bien, de orquesta, armado sólo de una ingrávida batuta. Y lo que de verdad necesita —a veces las orquestas suenan muy bien sin director— es una música, una partitura que tocar y que hoy no se escucha, y por eso Europa parece sorda y muda.

Así pues, y en primer lugar, del párrafo precedente se podría deducir como parte de ese proyecto, el de Europa en sí misma, el de su propia realidad inacabada. En 1989, Julián Marías en su artículo “Un programa para Europa” decía:

Europa, como toda realidad humana, se está haciendo, y por consiguiente está todavía por hacer: es una empresa, y esto es lo que la hace incitante y capaz de despertar entusiasmo —algo que me cuesta mucho trabajo descubrir en ninguna parte—.

En segundo lugar, y en relación con esa *trascendencia activa hacia lo otro*, su concreción hay que buscarla a lo largo de su extensa obra, en donde Marías desarrolla este concepto en repetidas ocasiones. Es necesario destacar que el filósofo español nos transmite una idea en la que insiste desde hace años: Europa es ante todo un verbo transitivo *europeizar*.

Esto supone el anhelo por lo que encuentra más allá de sus fronteras. Su dedicación al resto del mundo, extendiendo su influencia “humanizante”, normalmente positiva, hacia grandes áreas del planeta, que reciben de esta manera unas condiciones de vida, sin duda, mejores. De alguna forma, inmensas zonas de la tierra han sido así europeizadas. Estamos pues en presencia de un continente volcado al exterior, imaginativo, interesado por lo ajeno, proyectivo, diferente, único, entusiasta, influyente, y decisivo para la humanidad, que el escritor español describe en los siguientes términos:

Europa como tal ha sido siempre un continente “transitivo”, interesado por lo distinto, sin duda por deseo de poder o enriquecimiento, pero sobre todo por curiosidad, por afán de aventura, en suma por altruismo. Europa es sobre todo un verbo, europeizar, y casi todo el mundo está europeizado en alguna medida. Europa ha sido siempre “transeuropea”.

Aparece en la última frase el concepto *transeuropeo*, como esa vocación de apertura al exterior que caracteriza a Europa. Los distintos países que componen esa unidad superior también se ven afectados de un calificativo similar y así, el filósofo español, diferencia entre naciones *intraeuropeas* y *transeuropeas*. España, Portugal e Inglaterra, recibirán el carácter de naciones *transeuropeas*, que es el mismo calificativo con el que nuestro autor define a Europa, lo que acentúa la europeidad de esas tres naciones y su influencia, en especial, en el continente americano, *engendrado desde Europa*. Apartarse de esa condición, abandonando al otro lóbulo que con Europa conforma el Occidente, es una tentación que debe ser evitada, porque como indicaba Julián Marías, tal renuncia supondría apartarse del *proyecto* europeo. Esta circunstancia que no ha sido olvidada por Gran Bretaña en sus vínculos con los Estados Unidos y los países de la Commonwealth, ha presentado momentos de sombra en *la conciencia de la inevitable —y maravillosa— unidad del mundo hispánico*.

En este proyecto, España ha sido potencia creadora de gran parte de los principios del viejo continente y, por ello, *radicalmente europea*. Para nuestro escritor, ahí estriba su mayor originalidad. Precisamente, una visión *intraeuropea* de España es el motivo principal de equivocación al intentar comprender la historia de nuestro país.

Pero además, el académico español, como ya se ha citado, nos recuerda que ese proyecto europeo debe contemplar los propios proyectos internos nacionales, sin omisión de ninguno de ellos, que debidamente coordinados con una partitura común, permitirían a Europa realizarse como una empresa unitaria. El problema al que apunta Marías es que, en principio, nada excluye que esos proyectos pudieran coincidir con aquellos que han llevado a Europa a la desunión y la guerra.

La solución apuntada por nuestro autor, cuando aún no se había producido la caída del Pacto de Varsovia, ni se habían sucedido los hechos determinantes acaecidos en Europa a partir del año 1989, es, a pesar del tiempo transcurrido, plenamente actual:

En rigor, la diferencia estribaría en transformarlos en proyectos provinciales, quiero decir, cada uno de los cuales contase con los demás y se supiese referido al proyecto general resultante de su articulación. Y esto empezaría por un reconocimiento de las circunstancias actuales de Europa, de modo que se podría ir elaborando el sistema de las conexiones técnicas, económicas, sociales, políticas, culturales de la Europa occidental, sin "separatismos", sin dar por buena la momentánea escisión, sin renunciar a media Europa provisional-

mente lanzada a las “tinieblas exteriores”, sin dar por supuesto que tales tinieblas están, ausentes de la porción occidental.

En esos proyectos, de Gran Bretaña se esperaría su capacidad y la experiencia adquirida en el tratamiento de otros pueblos, además de la vinculación, ya citada, con los miembros de la Commonwealth y parcialmente con los Estados Unidos. De Francia, que ha sido *la pieza estable que converge*, cabría esperar la inteligencia, como la que puso en escena en el siglo XVII, su universalidad y su interés por el otro; y de su capital París, el escenario *donde se representa el drama europeo*. De España, *el lugar en que los países hispánicos de América podrían verse nuevamente y convivir*. De Alemania, que para nuestro autor es una de las *grandes y verdaderas naciones de Europa*, la cordura europea, especialmente necesaria en momentos de reajuste y de unificación. *La medida y la fecundidad alemanas* han hecho de esta nación un elemento insustituible para Europa.

Otro de los aspectos característicos del proyecto europeo como *vigencia*, esto es, como *sistema de usos, presiones y valoraciones*, es la aspiración de las naciones europeas a ser la mejor —en una rivalidad que Marías califica de *fraterna*—, en presentar un modelo determinado de ser humano que se estimaba *superior a los demás* y en llegar a ser un modelo ejemplar para todos; crear pues una cultura o una calidad humana mayor. Consistía en definitiva en una forma de *rivalidad positiva, creadora, que podía ser una rivalidad fraterna, aunque en ocasiones fuese cainita*.

Cada una de las sociedades con conciencia de unidad, de ser una variedad de lo humano, aspiraba a ser mejor que las demás, a ofrecer un modelo superior, que podría ser imitado, admirado, seguido. Se trataba de una competencia por la ejemplaridad europea.

De esta manera, algunas naciones han sabido mantenerse fieles a su propio proyecto, mientras que otras han traicionado su vocación; es lo que nuestro autor denomina *errores históricos*, que no son sino esa falta de fidelidad al *proyecto verdadero*.

Hasta ahora, hemos desarrollado el proyecto europeo como *vigencia*, pero recordemos que Julián Marías hablaba también de él como *idea*, expresamente, como *programa que se piensa y de que se habla*, lo que en definitiva representa *visibilidad* y concreción para el ciudadano europeo. Con ese proyecto tangible a los ojos de los europeos, y que nuestro académico considera que nace con una excesiva carga burocrática y administrativa, nos detendremos, en su análisis, más adelante.

LA FALTA DE FIDELIDAD AL PROYECTO EUROPEO: LOS MALES Y PELIGROS QUE AFLIGEN A EUROPA

Si queremos evitar que los males europeos sigan siendo *posibles* es necesario, en primer lugar, localizarlos y después asumirlos, evitando la tentación de diferirlos a otra colectividad. Así, sin duda, se puede intentar superarlos, evitando de esta manera su repetición. En esa primera tarea Marías aporta su grano de arena.

Muchos de los peligros que amenazan la empresa europea, y de los cuales nos alerta nuestro autor, están relacionados, de alguna manera, con la traición al proyecto europeo. De ellos, algunos por su extensión tienen carácter global, y afectan a la humanidad de manera general, otros, sin embargo, son específicamente europeos.

Incomunicación

Entre esos últimos males, específicos de nuestro continente, destaca la incomunicación existente entre los distintos pueblos de Europa. La idea expuesta varias veces por el académico español de que las fronteras *no son los lugares en que los países terminan, sino donde se encuentran*, comienza a ser, cuando menos, incierta. Como ya se indicó en párrafos precedentes, entre las naciones del viejo continente ha habido *rivalidad y admiración mutua, una aspiración fecunda a la "ejemplaridad" del modo de ser europeo*.

Como indica Julián Marías, es verdad que desde que Europa se constituyó en naciones o, incluso antes de que esto ocurriera, en otros *espacios más limitados*, los pueblos del viejo continente se han combatido. Pero ese enfrentamiento ha sido producto de una rivalidad que surge desde la admiración, *se trataba de una competencia por la ejemplaridad*.

Esta admiración que propiciaba *una ejemplaridad positiva y creadora* y que ponía en contacto y comunicación a los pueblos de Europa, ha sufrido en nuestros días cambios indeseables. De hecho, las características propias del modo de ser europeo están actualmente amenazadas con su desaparición; según el académico español, estamos presenciando el fin de la ambición.

La rivalidad positiva que caracterizó a las naciones europeas se ha volatilizado. Nadie aspira a ser mejor, a ser el ejemplo a seguir, a crear una cultura y calidad humana superior. Pudiera pensarse que se han creado unas condiciones de vida y unos lazos entre las naciones europeas

que propician una relación más fraterna, pero en opinión del académico español, no parece que nos hallemos ante una situación tan idílica, más bien al contrario, la actual relación entre las naciones europeas, no es una relación entre hermanos, sino una situación de *desconocimiento mutuo de indiferencia*.

Visión abstracta de Europa. El desconocimiento

Un peligro característico es el que Julián Marías denomina *visión abstracta de Europa*. En ese abstraccionismo se compendian una serie de males vinculados con ese desconocimiento mutuo que se profesan las diferentes naciones europeas. Entre los países del viejo continente, se sabe lo justo de un número muy reducido de países, y casi nada del resto. Para nuestro autor, un examen entre los ciudadanos europeos de lo que conocen de sus otros compañeros de viaje, daría un resultado que califica de *aterrorador*. Pero no es sólo en Europa, en América también se produce ese desconocimiento.

Así, no resulta extraño que el académico español opine que *dentro de Occidente existe un pavoroso provincianismo*, consecuencia de la ignorancia de la historia ajena que en ocasiones *culmina en un alarmante aldeanismo*, producto del desconocimiento de la propia historia nacional. Ese desconocimiento se extiende también a todas las áreas del saber:

Añádase a esto, y es acaso lo más grave, el desconocimiento de las lenguas europeas, de la plural historia de los países, de la imagen, que muy pocos poseen, de su coexistencia simultánea, en cada momento; hay una inquietante ignorancia de las diferentes culturas, cuya herencia se está perdiendo, cuyo presente se desconoce salvo en la mínima parte en que los libros se traducen, en muchos casos tarde o nunca, con la sola excepción de aquellos autores que gozan de una fama "automática".

Esa ignorancia impide una amplia visión de Europa, lo que lleva al desconocimiento de nuestros orígenes y raíces, en definitiva, de la historia sobre la que se han ido desarrollando los distintos pueblos europeos y sus respectivas trayectorias, de las ricas singularidades que pueden aportar a esa empresa común europea. Esto conduce a establecer una visión abstracta y uniforme del continente y supone una auténtica "carga de profundidad" colocada en los cimientos del proyecto europeo.

Conviene recordar a nuestro autor cuando indicaba que *la posibilidad de que la nueva unidad sea fecunda* radica precisamente en la *valoración*

de las raíces comunes. Ciertamente el camino emprendido dista mucho de atender a esa valoración, y así nos lo recuerda el escritor español:

Ahora predomina una visión abstracta de una Europa conjunta, ensalzada de forma mecánica, y que encubre un desconocimiento de sus partes, de su múltiple realidad, de su riqueza interna.

Esta situación conduce hacia una falsa uniformidad de los pueblos europeos: aparentemente, nos alimentamos con los mismos productos; usamos la misma ropa; sufrimos de los mismos problemas, ya sea el tráfico, el ruido, o la polución; viajamos en los mismos medios... etc. Los países europeos son, en el umbral del siglo XXI, más homogéneos y *parecidos que nunca*, en una similitud que lo es sólo de manera artificial, pues no afecta a la esencia de los pueblos que siguen siendo diferentes.

Ese afán "homogenizador", en aras muchas veces de determinadas ventajas económicas y comerciales, conduce al intento de difuminar la diversidad y las peculiaridades enriquecedoras. El problema se agrava porque la falta de *curiosidad* de esa sociedad, impide constatar esas diferencias. Además, esta situación es aún más llamativa por producirse en un mundo y en un espacio europeo, donde los avances tecnológicos habilitan un importante flujo de información y donde los distintos organismos internacionales, instituciones, congresos y reuniones, deberían posibilitar un mayor conocimiento. A pesar de ello, las *peculiaridades* de cada uno de los componentes siguen siendo ignoradas y desconocidas.

De esta manera, *las naciones se ven de modo abstracto*, cada una preocupada por sus propios intereses, sin afectos ni simpatías; más bien, con cierto desinterés y escasa admiración; ignoradas entre sí, cuando no con algo de animadversión y *trasfondo de antipatía*; lo que se traduce en un egoísmo que impide la preocupación por las naciones de nuestro entorno y conduce al *nosotros sólo*, a los *nacionalismos*, y a la *paralización*. Aparece así una nueva forma de rivalidad, que consiste en conseguir *ventaja* de esa relación. Lo importante no es ya esa *ejemplaridad* enriquecedora y positiva, sino alcanzar la *mejor parte*. Como hace unos años señalaba el filósofo español, se trata, en definitiva, de en una *renuncia a ser mejor*.

Se llega, de esta manera, a lo que nuestro académico considera como *lo más grave*, nuestro máximo error, considerar que los europeos *no se necesitan mutuamente*, y que no necesitan de los americanos.

Uno de los factores que origina esta situación es el pobre conocimiento de nuestra historia común, que se agrava si de lo que se trata es del conocimiento de la historia universal, precisamente en un momento en

que todo el mundo está “presente”; y esa ignorancia es tanto mayor cuanto más joven es el individuo, situación que de alguna manera viene a predecir un futuro todavía más oscuro. Además, en muchos casos, y en estos últimos años con mayor ímpetu, esa historia viene deformada o tergiversada con una clara finalidad manipuladora, en un terreno abonado por el *provincianismo* y *aldeanismo* antes mencionado.

Resulta pues absolutamente necesario descubrir las raíces propias, para pensar desde esas mismas raíces y vivir de ellas, y no sólo de las que nos resultan *más cercanas y accesibles sino de las comunes de Europa*; este sentimiento se refleja en el pensamiento de nuestro autor que, en 1996, decía:

Llevamos más de treinta años dedicados al olvido de lo que somos y poseemos, el tesoro de las ideas y métodos, de saberes acumulados, que harían de nuestra época una de las más luminosas de la historia.

Evidentemente esta visión parcial impide comprender la realidad. El problema del desconocimiento supone una ruptura con la trayectoria europea.

Construcción europea

Este desconocimiento mutuo conduce a una errónea construcción de la unidad europea. De esta manera, la Europa que se está levantando se lleva a cabo, en opinión del académico español, de manera equivocada; así, se parte casi exclusivamente de los aspectos económicos y, lo que es peor, de los administrativos y burocráticos. Es lo que Marías denomina la *invasión del “prosaísmo”*, donde tiene cabida la falta de originalidad, la vulgaridad, o la ausencia de lirismo *que insidiosamente penetra en las vidas individuales*. La Unión Europea ha caído, de esta manera, en una desmedida tendencia a la normalización, que conduce a la ausencia de la más mínima iniciativa, originalidad y espontaneidad y que sin duda lleva al desaliento y pesimismo cuando se habla de la empresa europea. Así, en el artículo “La ilusión de Europa”, publicado recientemente y refiriéndose a la Unión Europea, el filósofo español indicaba:

Hasta ahora, ésta ha sido la realidad principal de la Unión Europea: reglamentos, normas, cuotas, trabas, con mengua de las iniciativas, de la espontaneidad vital.

Sin embargo, y a pesar de lo indicado en relación con esa orientación prioritaria de los aspectos económicos que priman en la empresa europea, Marías no es especialmente crítico con la *red de intereses cre-*

ada. De hecho, y ante el reproche que se hace a la Unión Europea de ser la "Europa de los mercaderes", nuestro autor argumenta que, a lo largo de la historia, esa actividad ha favorecido la unidad; los mercaderes han sido, en opinión del filósofo español, *un factor decisivo en la constitución y estabilización de Europa*. Su preocupación, como también se indicaba anteriormente, se dirige mucho más hacia el papel de los burócratas en esa Unión.

Marías, que reconoce un gran avance organizativo en Europa, se lamenta de que la empresa europea progrese en los aspectos menos creativos. Así, y cuando hace unos años comparaba la actividad mercantil con la burocrática y administrativa, el escritor español señalaba:

Lo que ha dominado hasta ahora es otra cosa: una colosal burocracia, un aparato administrativo que ya marcha por sí solo, como todas las organizaciones internacionales, que tanto contribuyen a la esterilización del planeta, a la esterilización de lo verdaderamente creador.

En el fondo, para el académico español, lo que se detecta es que los europeos no se toman en serio como tales. Hace años que dejaron de interesarse por el otro lóbulo americano, de interesarse *como occidentales, que es lo que hoy primariamente son*. Sin embargo, cabría esperar que se preocuparan por esa empresa europea, pues de lo contrario, y en esa línea de conducta, terminaremos por no tomarnos en serio el hecho de ser miembros de nuestras propias naciones. En este sentido y con motivo del resultado de las elecciones al Parlamento Europeo de junio de 1989, Julián Marías escribía:

Dudo que nadie verdaderamente europeo se sienta medianamente satisfecho. La abstención ha sido en casi todas partes tan alta, que es inquietante; y donde no lo ha sido es porque esta votación interfería con otra local, que es la que interesaba; y el hecho de que de cada tres británicos dos se hayan quedado en casa, con lo cual han enviado a Europa una imagen desorientada de su país, me parece un grave motivo de preocupación. Estas elecciones no interesaban, lo cual quiere decir que Europa no interesa, que los europeos, cuanto más se llenan la boca con esas palabras, menos europeos se sienten.

Precisamente, se da la paradoja de que este aparente desinterés por Occidente, por Europa, e incluso ya en el horizonte, por las propias naciones que hicieron el viejo continente, surge cuando aparece un inusitado interés por lo más inmediato, cercano y limitado, con exclusión de otros espacios más amplios, reeditando así el peligro de los nacionalismos.

La carencia de ambición intelectual

A la vista de todo lo anterior, lo que sin duda subyace en Europa es una gran desorientación, que Marías considera puede hacer peligrar la *imperiosa necesidad de la unión europea, que no alcanza el nivel de promesa e ilusión que debería pertenecerle*. La razón de esa desorientación hay que buscarla, ciertamente, en una escasa *ambición intelectual* que abarca a todos los niveles sociales europeos y que impide llegar al fondo de los problemas; en ocasiones, por *terror a plantearlos y enfrentarse con ellos*.

Esa carencia de ambición intelectual ya era advertida por el escritor español, cuando hace algunos años en su obra “Aquí y ahora” escrita en 1954, indicaba que estamos asistiendo a *la pérdida de uno de los recursos más importantes que tenemos en occidente: la autoridad intelectual*. La falta de ese liderazgo orientador, que permita el verdadero *proyecto sugestivo de vida en común*, genera incertidumbre, impide un proyecto claro y definido, y conduce a una situación de *provisionalidad*, que lleva a una vida carente de *dinamismo y sin argumento*.

Lo verdaderamente grave es que, después de esperar durante tiempo esa dirección intelectual, ni europeos, ni americanos, esperan ya esas palabras orientadoras. Han desistido. El escritor español subrayaba entonces lo siguiente:

No he dicho que falten intelectuales con autoridad —esto no es exacto, ni, por otra parte, sería últimamente grave—, sino que la autoridad intelectual misma se ha volatilizado.

Hasta hace algunos años el occidental tendía a desdeñar el consejo intelectual, pero cuando las circunstancias eran adversas, *cuando se sentía inseguro y perdido, le flaqueaba su petulancia* y recurría a la autoridad intelectual. Sin embargo, en los últimos tiempos nos hemos quedado sin respuestas. Para Julián Marías:

Por razones más complejas, se tiene la impresión de que los intelectuales no tienen las soluciones para los problemas humanos, que son los verdaderamente graves o importantes. Se ha perdido la fe en que los hombres de ideas tengan la clave de los problemas que agobian al hombre de Occidente, y deja de atenderse su voz.

Por todo lo anteriormente indicado, Occidente está necesitando de manera urgente, apremiante, de forma casi *angustiosa*, esa autoridad intelectual, ese *poder espiritual*.

Estas últimas afirmaciones, escritas hace años, no han experimentado variación con el tiempo transcurrido. En 1996, Marías, refiriéndose ahora a Occidente, no se mostraba más optimista:

He hablado hace tiempo de la amenaza de “una decadencia evitable”, lo que empieza a parecer problemático es que sea evitable. Una gran proporción de lo que se hace, en todos los campos, es resueltamente inferior a lo que podría ser, a lo que se hacía en los primeros sesenta años de nuestro siglo, y que perdura en la memoria y conserva actualidad. Con excepciones, que son bastantes pero no dejan de serlo, lo que se dice, escribe, pinta, compone, edifica, se proyecta en las pantallas, se plantea intelectualmente, está por debajo del nivel exigible, porque se había alcanzado uno mucho más alto. Una persona con alguna sensibilidad intelectual o estética experimenta a diario una impresión penosa: el descontento.

De hecho, nuestro autor se muestra convencido de que si extendemos el examen, que en párrafos precedentes se realizaba a los ciudadanos europeos, a muchos de los que se encuentran involucrados en la construcción de Europa, algunos obtendrían matrícula de honor, pero con otros, nos encontraríamos con un buen número de insuficientes. Descubriríamos en estos últimos, conocimientos muy polarizados a los aspectos económicos y restringidos a unos cuantos datos estadísticos.

La falta de motivación “aglutinadora”

Otro de los peligros sobre el que en 1989 nos alertaba, con gran acierto, el académico español, tiene que ver con lo que precisamente en esos momentos era un motivo de esperanza: la desaparición de la amenaza soviética, *algo maravilloso que empieza a aparecer en el horizonte, el final de una pesadilla*. ¿Cómo entonces una esperanza que califica de maravillosa puede llegar a convertirse en un peligro cuando debiera ser justamente lo contrario? Sin duda, esa maravilla se ha hecho realidad, pues la amenaza del holocausto nuclear se ha convertido en una opción remota, pero también con ello el *hueco* dejado por la Unión Soviética, del que nos avisaba Marías, se ha convertido en algo profundo y oscuro.

Además, para el académico español, esa amenaza representaba un motivo para dar cohesión y motivar a los europeos. De hecho, su ausencia pudiera dejar Europa sin *argumento, llevarla a una vida vegetativa sin proyecto*. Al carecer del acicate de la inseguridad, todas las fuerzas y empeños podrían quedar reducidos a lo económico, limitando toda actividad creadora y propiciando una posible *entropía social e histórica*.

Otros males europeos y mundiales

No se puede finalizar este capítulo sin tratar algunos males de carácter global que, sin ser exclusivamente europeos, han tenido en el viejo continente sus más dramáticas consecuencias. Se trata de un invento del siglo XX: el totalitarismo en sus diversas manifestaciones, que Marías califica como uno de los *mayores horrores de la historia* y que es el origen de otros males. Este grave horror, aunque arrinconado, deja, al finalizar este siglo, *herederos más o menos disimulados*.

Relacionado con todos los males anteriores y también con carácter de generalidad, Julián Marías cita la mentira, *el enemigo capital de la Humanidad*. Para nuestro académico, es mentira no sólo aquello que falta a la verdad, sino también, todas las afirmaciones que la *tergiversan* o la *desfiguran*. El escritor español se muestra especialmente crítico con ese mal y estima que el mundo occidental ha actuado, contra él, con una *extraña pasividad*. Tanto en América como en Europa, se ha tolerado la actividad de determinados grupos que se han dedicado de manera incansable a manipular el acervo histórico común, de lo que considera *la porción más creadora del mundo*, siempre con oscuros intereses.

No podemos tampoco finalizar sin citar las graves plagas que hoy azotan a nuestra sociedad y al mundo entero, y que para Marías están relacionadas con el terrorismo, las drogas y el aborto:

Lo que pasa es que desde 1960, aproximadamente, han pasado muchas cosas que conviene tener presentes si se quiere entender algo. Desde esa fecha datan varias calamidades que hoy afligen al mundo; entre ellas, el terrorismo organizado, el consumo generalizado de drogas en Occidente y la más grave de todas, la aceptación social del aborto.

LOS NACIONALISMOS

Aunque en la obra de Julián Marías no resulta fácil determinar aquellos peligros que más riesgo comportan para la empresa europea, entre otras razones por la propia relación y dependencia que se establece entre ellos, posiblemente sean los nacionalismos, con la mentira y el totalitarismo, los que encabezarían esa hipotética jerarquía de peligrosidad. Nos detendremos con más detalle en el análisis de los nacionalismos, todavía no tratados, por la incidencia y repercusión que tienen en la actual realidad española.

Antes de analizar el peligro nacionalista, conviene desarrollar algunas consideraciones elaboradas por el filósofo español y profundizar en la realidad de esa *inflación del sentido nacional*. Para ello, es necesario reseñar el concepto de *instalaciones*, brevemente citado en el capítulo dedicado a la unidad de Europa y que Julián Marías analizaba en su artículo "La magnitud real de España" escrito en 1996:

Se proyecta y se vive desde una serie de lo que llamo "instalaciones", desde la corporeidad y la mundanidad hasta la condición sexuada, la lengua y la situación social. Una de esas instalaciones es la unidad histórica y social a la que se pertenece. Los errores respecto a ella son graves y comprometen el porvenir, tanto individual como colectivo.

Así, el problema resulta ahora determinar sobre qué *unidad* se está *instalado*. Julián Marías concluye que en los distintos niveles existentes, esa instalación es *siempre múltiple* y que en modo alguno se puede hablar de una exclusión entre ellos.

Cuando al inicio de este trabajo analizábamos lo que abarcaba el espacio europeo, habíamos mencionado un concepto que en ocasiones, y en alusión a Europa, emplea el escritor español para referirse a los niveles ahora citados; se trata de la idea de *las sociedades insertivas*, según la cual, el hombre, considerado de manera individual, se inserta en su nación a través de las regiones; habíamos indicado, además, cómo esas naciones se *implantan en una sociedad más amplia que es Europa* y por fin, cómo nuestro continente, es uno de los dos lóbulos de lo que el filósofo español denomina Occidente. Vemos pues que la existencia de esos niveles y la pertenencia a cada uno de ellos es, y *puede ser*, perfectamente coherente.

De esta manera, los individuos en general se ven conviviendo en un entorno diverso: su ciudad, región, nación, grupos de naciones, etc. Algunas de esas sociedades van desde las más cercanas al individuo, hasta la humanidad en su conjunto. La renuncia a ese esquema de pertenencia, *de no convivir con los demás, es uno de los males más graves que pueden sobrevivir a un grupo humano*.

Marías explica las consecuencias de la negación a esa estructura insertiva, y lo hace con una alusión concreta a la situación española:

La falta de claridad sobre esta estructura es perniciosa, porque conduce a todo género de aberraciones, desde los nacionalismos hasta un vacío cosmopolitismo. Si falta el acierto sobre esa instalación

básica, en su efectiva complejidad, no se sabe dónde se está, y por consiguiente quién se es. El panorama del mundo actual, desde este punto de vista, no es muy alentador, y el de España en particular es inquietante.

El *cosmopolitismo* y los *nacionalismos* ocuparían las posiciones extremas de ese proceso insertivo. El *cosmopolitismo* es entendido por nuestro académico como la ausencia de vinculación del ciudadano a una *sociedad concreta*, a la pertenencia a alguno de los niveles de esa sociedad insertiva, lo que conduce a la abstracción. Sin duda, para el autor español, es posible vivir ese sentimiento de pertenencia al mundo en su totalidad, su preocupación e interés por él; pero no se puede olvidar que la forma *real de pertenecer a ese mundo es insertarse en él a través de la realidad histórica y social que es la circunstancia inmediata.*

Justamente, y como indicábamos con anterioridad, el nacionalismo se situaría en el otro extremo, como una *afirmación exclusiva* de los niveles más próximos, con ignorancia, desinterés y apatía hacia los niveles superiores. Si además, como señala Marías, esa ignorancia se transforma en hostilidad hacia las diferentes *realidades* que no son inmediatas y que no son valoradas como propias, se produce la falsedad y la rotura en la coherencia de los niveles.

Esa falsedad, *insigne falsedad*, como la denomina Marías, se manifiesta en múltiples formas; en el caso de que la ruptura insertiva se produzca en el nivel más inmediato —el regional—, se realiza con fuerte negación del nivel nacional:

Lejos de esto, la mezquindad, la extrema miopía de los nacionalismos intenta desvirtuar o negar la realidad de las naciones, dentro de las cuales tienen su función extremadamente valiosa las regiones como sociedades "insertivas", a través de las cuales se inserta el individuo en su nación, a la vez que mira al horizonte programático de Europa.

En términos genéricos, el nacionalismo provoca una profunda insolidaridad cuando grupos de ciudadanos se consideran, ellos mismos, como un "todo" y no como parte del todo, con el cometido exclusivo de encerrarse en su propia peculiaridad, en la situación diferencial, que, como asevera Marías, normalmente es inventada y termina provocando una enfermedad, una *inflamación patológica de la condición nacional*, que conduce a adoptar tendencias *exclusivistas y agresivas*. En definitiva, nos encontramos ante lo que nuestro autor denomina *formas de suicidio histórico, o también, una especie de genocidio interno.*

El filósofo español se muestra especialmente crítico con este mal que, cuando se produce a escala nacional, amenaza con romper el proyecto integrador europeo e introduce un nuevo elemento en la relación entre los países, *la hostilidad*. Esta situación ha generado un importante cambio: esa rivalidad *por ser mejor* se ha transformado, como ya comentamos en apartados anteriores, en ser más poderoso y más rico. En definitiva, la rivalidad ha pasado de ser positiva a negativa.

Nos encontramos de esta manera con lo que nuestro académico considera *uno de los problemas más graves de Europa, si no es el mayor*. La historia, además, avala esa percepción pues, según Julián Marías, las más grandes tragedias europeas, esto es, las dos guerras mundiales y en especial la segunda que añadió los *ingredientes* del racismo y el totalitarismo, *se han debido primordialmente a los nacionalismos*. A unos nacionalismos que han puesto el énfasis en otro nivel insertivo, pero con una misma carga exclusivista y demoledora, con resultados, lamentablemente, bien conocidos, y que han conformado lo que Marías denomina *una de las concepciones más funestas de la historia*.

De alguna manera, y en el asunto de los nacionalismos, el filósofo español trata de esclarecer la verdad, precisamente cuando esos nacionalismos pretenden modelarla a su antojo e incluso, si fuera necesario, tergiversarla. Por ello, sin mostrar en ningún momento el más mínimo atisbo de comprensión, o de intento de justificación, hacia el horror causado por los nacionalismos de las naciones —como se puede comprobar en las expresiones del párrafo anterior—, nos alerta del daño que puede causar el nacionalismo de las regiones. Se trata de un efecto demoledor, pues ese nacionalismo encierra una doble falsedad: la del nacionalismo, y la de los nacionalismos de lo que no son naciones, que se asientan en niveles insertivos que no alcanzan la realidad nacional. Sin embargo, y a pesar de esa doble falsedad, se ha tenido con ellos un tratamiento diferente, menos crítico, y con una diferente comprensión:

Se dice la mitad de la verdad. Se dice que los nacionalismos de algunas naciones han tenido consecuencias funestas, atroces; pero los nacionalismos de lo que no son naciones —más falsos todavía— se dedican a segregar falsificaciones incontables.

La importancia de las regiones en Europa es sin duda un factor a considerar, *son realidades con personalidad de sumo interés*. El olvido o la renuncia a incorporar esas realidades a la empresa europea es sencillamente un *gravísimo error*, pero ello no debe llevarnos a una equivocación mucho mayor: tratar de imponer esa *afirmación* sobre la propia estructura

de las naciones, mucho más importante y con una *realidad* muy superior. Sin embargo, nada puede extrañar de la ambición de ese fenómeno, considerando que, como dice Marías, su consecuencia más visible y peligrosa es su *ridícula megalomanía*. Las regiones son realidades que tienen su propio sitio, pero pierden la *dignidad* que les corresponde *cuando intentan usurpar otro que no les pertenece*.

De esta manera, podemos estar asistiendo a una auténtica paradoja, pues mientras, por otro lado, tratamos de construir una Europa que al establecerse sobre amplias *unidades económicas y administrativas* y sin atender a la consideración de las diferencias y singularidades de aspectos humanos concretos, puede ser excesivamente abstracta; nos olvidamos de que, por otro lado, estamos asistiendo a una *fragmentación de Europa y de sus partes reales, que tiende a la atomización*.

No resulta nada fácil imaginar una Europa en donde las regiones con personalidad propia e independencia, y con olvido de su inserción en el ámbito nacional, se relacionaran entre sí. Esas sociedades, muchas veces se ignoran o simplemente se desconocen. ¿Qué relación podríamos establecer en estas condiciones? Por ello, en opinión de nuestro autor, cuando para referirnos a Europa empleamos el término la “Europa de las regiones”, estamos cometiendo una *notable frivolidad*, ya que esas sociedades no tienen sentido, salvo en cuanto se insertan en el ámbito superior nacional. Como dice el académico español:

Las regiones “solas” se convierten en unidades abstractas, sin realidad suficiente y sin órganos de articulación, expresión, comunicación, cooperación. Tal idea, lejos de favorecerlas, las amenaza en su propia realidad, que se debería cultivar, potenciar, desarrollar, dentro de sus ámbitos reales y efectivos.

¿Cuál es la situación actual? Ciertamente no demasiado optimista. En los últimos años, Julián Marías se lamenta que vuelva a faltar la integración. Estamos asistiendo a la aparición del mismo fenómeno que tantas posibilidades malogró en las primeras décadas de este siglo: la violenta aparición de aquellos nacionalismos que nunca han alcanzado la condición de nación y que tienen su máximo exponente en la actual situación yugoslava.

A MODO DE CONCLUSIÓN: LA ESPERANZA

Si hay algo que caracteriza el pensamiento de Julián Marías es la esperanza. El filósofo español no se cansa de alertarnos sobre los distintos males que se ciernen sobre Europa. Concretamente, en 1990, nos decía que llevaba cuarenta años *pensando en Europa y escribiendo sobre su estructura y sus problemas*. Pero no es menos cierto que resulta difícil hallar el desaliento o la desesperación en su obra, y siempre hay una orientación, un consejo, unas palabras de ánimo que pueden ayudar a enderezar la situación y marcar esa *trayectoria* fructífera. La existencia de esos peligros para el proyecto europeo no supone que nuestro autor considere que la situación sea irreversible, ni que Europa y Occidente se encuentren en decadencia. De hecho, en alguna ocasión ha manifestado que *nunca ha perdido la confianza en Europa*.

Así, en su artículo “Un país interesante”, escrito a comienzos de 1999, Marías indicaba que la situación de Europa al finalizar este siglo XX, es similar a la que fue la de España en el período comprendido entre el establecimiento de los Borbones y la invasión napoleónica de 1808: una disposición favorable en que se *hacen las cosas bien*, se ponen en orden y se comienza a *superar muchas deficiencias, a conseguir estabilidad, orden, prosperidad, eficacia*. De esta manera, *Europa ha reforzado su conciencia de unidad, su necesidad de concordia y convergencia, de colaboración bajo el signo de la eficacia*.

En relación con el proyecto europeo, y en un momento en que nuestro autor define como de *angustiosa escasez de proyectos*, lo que resulta esencial es su existencia. De nada sirve disponer de unos datos y valores estadísticos, si no tienen una utilidad posterior; resulta necesario poner esos recursos al servicio de algo y ese algo no es otra cosa que el *proyecto europeo*. Es esencial tratar de hacer la luz sobre la visión que de éste tiene el académico español.

Partiendo del análisis de la actual situación de Europa, es necesario pensar, imaginar y descubrir, lo que resulta, en definitiva, *inventar un nuevo programa de vida colectiva de acuerdo con las circunstancias*. Lo que no puede hacerse en modo alguno, es sentarse a esperar a ver *si tropiezan los EEUU*. Es urgente establecer un proyecto que, como en repetidas ocasiones se ha indicado en este trabajo, cuente con el otro lóbulo y con la porción oriental europea. Como afirma Marías, la disposición debe ser precisamente:

Hacer una Europa íntegra, toda ella unida, no sólo la mitad, con la riqueza y variedad que contiene, en que consiste; abierta a su horizonte propio e inevitable, América, en la unidad superior de Occidente. No creo que sea imposible esa incitante construcción histórica; ni siquiera demasiado difícil. Pero reclama el cumplimiento de una condición inexcusable: pensarla, y el pensamiento incluye, como uno de sus elementos esenciales, la imaginación. Lo malo es que ambas cosas suscitan en el hombre actual una extraña pereza. Quizá porque se ha olvidado que esa doble operación — pensar, imaginar — es deliciosa.

El autor nos recuerda que el sentido de la palabra proyecto induce a pensar en características dinámicas y en poner el punto de mira en el futuro. El pasado es esencial porque representa la posición de partida, *aquello de donde se viene*, y que nos proyecta hacia el porvenir. Pero es necesario, además, actuar con *anticipación*, lo que resulta de gran importancia, especialmente, cuando la cercanía del nuevo siglo puede favorecer esa visión "prospectiva" tan conveniente para definir la trayectoria a seguir. *Anticipación* que, como indica Julián Marías, no puede quedar reducida a aspectos de detalles. El euro, la normativa de la Unión, o los fondos de cohesión, con ser importantes, no aportan esa capacidad *proyektiva*. Lo realmente relevante es el papel que pueden jugar las distintas naciones en el conjunto europeo.

Pero no es esa visión de futuro la única virtud que valora el académico en la definición del proyecto europeo, sino que es necesario contar con algunas otras:

Europa es una y múltiple, extravertida, nunca encerrada, transeuropea y futurista. Un continente viejo, pero no vuelto al pasado, como los mal enterados dicen. Sólo se vuelve a él, sólo lo necesita para poder de verdad inventar el futuro. Europa no tiene tanta fuerza como Norteamérica o Rusia, ni tanta riqueza como aquélla, ni más inteligencia, ni tan alta moral. Sólo tiene más historia y más imaginación. Únicamente falta que las ponga en juego para inventar su auténtico proyecto y hacer de él la punta de flecha de Occidente.

Si analizamos con detenimiento la cita anterior, comprobaremos que Europa no es sólo una opción dinámica hacia el futuro; el escritor español nos ayuda a descubrir otras características esenciales del *argumento* que debe guiar la actuación europea: unidad, variedad, comunicación y una clara vocación exterior; pero sobre todo, historia e imaginación.

Comenzando con esas dos últimas características —las más importantes—, y deteniendo, inicialmente, nuestra atención en la historia, podríamos indicar que la receta a esa visión prospectiva es necesario buscarla en nuestro pasado; y es que *la historia conduce al presente*, de manera que el *largo camino* histórico recorrido nos lleva hasta el momento actual y, precisamente, ese recorrido *nos enfrenta con el futuro*. Por lo que, según nuestro académico, *la visión histórica remite inexorablemente al porvenir*. Europa debe descubrir sus raíces para desde ellas poder determinar el *amplio abanico de sus trayectorias posibles*. Si tomamos en consideración nuestro entorno más inmediato, es decir España, y aplicamos esa visión histórica, deberíamos descubrir nuestra realidad en su conjunto. Así lo afirma Julián Marías:

Por esta vía, los españoles empiezan a redescubrir cuál es la realidad de España, aquella en la que viven y de la que están hechos, sin quedarse en fragmentos que, aislados, son ininteligibles y se convierten en provincianas caricaturas de sí mismos. Al mismo tiempo ven la insuficiencia de esa evidente realidad nacional, su "parentesco" con el resto de Europa, la convivencia originaria con las otras naciones miembros de ella, de las que España es inseparable, ya que se han nutrido unas de otras —y, desde hace medio milenio, de América, que sin Europa tampoco es comprensible ni viable—.

La siguiente característica, ya mencionada en la primera cita de este capítulo, y que cobra una especial relevancia en el pensamiento del autor, es la necesidad de la *imaginación*. Marías resaltará, en varios pasajes de su obra, la importancia de la imaginación en ese proyecto europeo como recurso esencial de creatividad. Imaginación que debe surgir de dentro de cada una de las naciones europeas. Así, y también con referencia a lo español, nuestro filósofo señalaba:

Cumplida la tarea urgente de la eficacia, hay que dejar paso a la imaginación, que es siempre creadora. Con ello se prestaría además un inestimable servicio a Europa, que está aquejada, toda ella, no lo olvidemos, de esa misma "modestia histórica" que es un riesgo español. Tal vez la atroz experiencia del "nacionalismo" ha llevado a no esperar de la fraterna creatividad de las naciones.

Vemos en el párrafo anterior el papel creativo que Julián Marías asigna a las naciones del viejo continente como las sociedades constitutivas de una Europa de la que reciben su propia definición; papel, que según nuestro autor, resulta *insustituible*. Es preciso que esas naciones vuelvan a la rivalidad surgida de la admiración, lo que propiciaba una

ejemplaridad positiva y creadora. Urge así la necesidad de restablecer la búsqueda por ser mejor; la rehabilitación y elaboración de *las conexiones parciales* y las *“incorporaciones” a distintos niveles*, que a lo largo de la historia se han producido entre los diferentes pueblos europeos. Europa ha sido, y tiene que ser, la convergencia de los pueblos germánicos, latinos o eslavos.

En 1962, y para llevar esas tareas a buen puerto, Marías indicaba la necesidad de restituir, en la relación entre naciones, la *admiración y ejemplaridad* que posibilitaron la realización de las múltiples empresas que engrandecieron Europa. Ideas que establecía con un período de vigencia cuyo final situaba en el ocaso del siglo XX. En el inicio del nuevo milenio, esos conceptos permanecen vigentes. Así, en el artículo “La renuncia a ser mejor” escrito en 1994, y haciendo la situación extensible al resto del mundo, el filósofo español indicaba:

Urge despertar en el mundo —por lo pronto en Europa, y dentro de cada una de las naciones— esa ambición deseable, ese apetito de perfección, ese afán de ser, no ya “mejor que los demás”, sino lo mejor posible. Esta podría ser la fórmula. Superando todo exclusivismo, toda actitud de refugiarse en una “tribu” aislada y hosca, llena de rencor y de conciencia de inferioridad real —el gran motor de los nacionalismos—, en presencia de todos los demás, sin confundirse con ellos, habría que aspirar a crear algo nuevo y mejor, sobre todo una manera original de lo humano, capaz de ser compartida. Algo que signifique un incremento de la inteligencia, de la dignidad, de la esperanza, del amor. Lo contrario de las pasiones oscuras que se derraman por el mapa del mundo.

Dentro de ese proyecto europeo, la empresa de la unidad es el factor esencial, y en ello nos encontramos *empeñados* los europeos. Sin embargo, las diferentes naciones que se encuentran comprometidas en esa empresa integradora se resisten a perder su propia realidad y diversidad enriquecedora, donde se alberga el auténtico tesoro europeo.

Para conseguir una motivación diferente, es absolutamente necesario contar con el papel específico y diferenciado que las distintas naciones *pueden desempeñar en la construcción del conjunto*, evitando toda tendencia uniformadora. Esa aportación debe ser, siguiendo el conocido símil empleado por Marías, semejante a una orquesta donde las naciones son los diferentes instrumentos musicales, la partitura sería el *argumento*, el proyecto que evitaría a las naciones el *ser un pelotón que evoluciona al son de una trompeta*. Además, en esa orquesta no sobran instrumentos,

porque todos cumplen su cometido por pequeño y limitado que sea. Seguramente en esas condiciones a las naciones europeas el proyecto les *parecería justificado* y deseable. Así, en palabras de nuestro escritor, lo más anhelado desde el punto de vista de la construcción europea es:

En lugar de intentar anular o desdibujar las naciones, habría que procurar que efectivamente “conviviesen”; que estuvieran juntas; que lejos de perder sus cualidades propias, su sabor, sus proyectos, los compartiesen; es decir, que cada nación tomase posesión de las demás y se nutriera de ellas. Que se fuesen imaginando proyectos imposibles de realizar por las naciones aisladas, pero que serían hacederos para una Europa íntegra;...

Entre esas características, todavía una más: el acento del carácter “transeuropeo” que debe diferenciar el proyecto, pues no podemos olvidar que *Europa en su conjunto* tiene una clara vocación exterior. Los europeos deben comprender que no están solos en el mundo. Tradicionalmente, ha sido un continente generoso y preparado para *interesarse por el otro*; por ello, como dice nuestro autor, *si quiere ser fiel a sí misma y a su vocación histórica deberá enfrentarse con el conjunto del mundo*.

Como habíamos citado con anterioridad, la tendencia a edificar la construcción europea sobre los aspectos administrativos y burocráticos, eliminando lo que de imaginativo, original y espontáneo pueden aportar las naciones, conduce a lo que Marías llama, el *prosaísmo*. Ese mal se extiende no sólo a la construcción europea, sino a toda una forma de vida. Además, hay que recordar que según nuestro académico, el *prosaísmo mata el deseo y cierra el futuro*. El *antídoto* contra la vulgaridad y falta de originalidad resulta casi evidente, y nada más adecuado que el *lirismo* y la imaginación para combatirlo. El filósofo español define ese remedio en los siguientes términos:

Es de la mayor urgencia volver los ojos a ese “lirismo”, artículo de primera necesidad, antídoto del “prosaísmo” invasor y contagioso, al que habría que poner en cuarentena. El prosaísmo no se supera más que mediante la imaginación. Hay que tomar posesión de lo que se tiene —de lo que se ha acumulado durante siglos de grandeza, de error, de dolor, de esfuerzo, hasta llegar a lo que se es—, para lograr el entusiasmo, la ilusión, la apertura a un futuro que se entrevé como algo atractivo, en lo que se desea entrar.

Sin duda, este último párrafo muestra de forma clara el camino a seguir para encontrar el verdadero *argumento* y escoger la *trayectoria* adecuada.

Cuando se analizaron los problemas y peligros que afectaban a Europa, habíamos indicado que algunos se referían al proyecto europeo; en tanto que otros, aunque podían también incidir en Europa, tenían carácter de generalidad. Entre éstos había que destacar, con otros, la mentira, que nuestro autor ataca y crítica como uno de los grandes males universales, aunque su incidencia afecta también de manera directa a la *organización de Europa*. Marías considera que es de *la mayor urgencia, afirmar y reivindicar la verdad* ante una mentira que actúa manipulando y deformando la historia.

La pregunta que se hace el filósofo español es si todavía estaremos a tiempo de enmendar la situación, *¿se puede evitar la regresión, el primitivismo que nos amenaza?* Sin duda, la propia libertad del hombre y su carácter innovador pueden solventar el problema. Pero es necesario que se den dos condiciones: que seamos capaces de detectar dónde se encuentra y que *volvamos a tomar posesión* de lo que era nuestro y habíamos abandonado.

Por último, ante ese grave mal para el proyecto europeo, al que habíamos dedicado un apartado específico: el nacionalismo, es necesario, en palabras de Julián Marías, *combatirlo*. Una de las recetas que reitera para ese combate, se resume en la frase siguiente: *no se puede contentar a los que no se quieren contentar*. Con ello el escritor pone de manifiesto que la voracidad del nacionalismo no tiene límites y por ello hay que adoptar una postura firme:

Se puede y se debe ceder en los intereses particulares, en las conveniencias propias, en las preferencias discutibles; no en lo que afecta a la realidad de un país, a su porvenir, a su destino histórico, a la posibilidad de convivencia en concordia.

Invocando ese nacionalismo, muchos europeos se olvidan de su condición como tales e incluso se desentienden de su condición de nacionales de una nación europea.

Para terminar este capítulo dedicado a la esperanza, nada mejor que situar la mirada en el horizonte del próximo siglo y tratar de establecer ese programa, esa empresa, para un milenio en el que España y Europa animadas en un proyecto histórico puedan seguir siendo inteligibles:

Habría que mirar hacia el siglo XXI como "porvenir"; y digo esto, y no "futuro", porque el futuro será, y no es seguro que sea. Es lo que está por venir, incierto, dudoso, que en gran parte depende de nosotros, de nuestra libertad irrenunciable. Es menester revisar las estimacio-

nes y obrar en consecuencia. Reconocer la pluralidad del mundo y sus verdaderas articulaciones, sin ejercer violencia sobre la realidad: regiones, naciones, Europa; y con América, la gran realidad de Occidente, a la que pertenecemos. Y los otros mundos, con la distancia y la solidaridad que merecen y reclaman. Hay que restablecer la pretensión de que cada país sea "el mejor", presente un modelo humano que pueda ser admirable, en una rivalidad que debe ser fraterna y es el motor de la perfección -pretensión que parece estar "vacante".